Zeitschrift: Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales

Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos

Band: - (2004)

Heft: 3

Rubrik: Emilio Pascual (España). Daniel Defoe: El prólogo que nunca se publicó

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 12.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

Emilio Pascual (España)
Daniel Defoe: El prólogo que nunca se publicó

[El año pasado, en una librería de viejo de Redu —un pueblecito entre Bruselas y Luxemburgo, al que han salvado del anonimato los familiares fantasmas de los libros—, adquirí un antiguo ejemplar de *The Farther Adventures of Robinson Crusoe*. Era un volumen en cuarto, de no mucho valor en apariencia, y en cualquier caso el precio que se me pidió por él no fue desmesurado. Era una tentación no muy costosa, y desde luego difícil de resistir, porque todo el mundo lee la primera parte de las aventuras de Robinson y casi nadie la segunda. Al examinarlo con tranquilidad en casa, observé que una de las guardas estaba completamente pegada a la tapa. La despegué con cuidado, y encontré unas hojas manuscritas en inglés.

Estaba a la sazón alojado en casa de mi amigo Pollux Hernúñez —que entre otros muchos dones ofrece el de la amistad y el de las lenguas—, y en cuanto le mostré los papeles apenas maltratados por el tiempo, traduciendo a primera vista, averiguó que se trataba de una breve nota del editor William Taylor a Daniel Defoe. Taylor, que sin duda se había enriquecido con las primeras andanzas de Robinson, le rechazaba un prólogo que había escrito para las segundas, por «absolutamente inverosímil e indigno de la seriedad de vuestra merced, tanto más cuanto que me incluís a mí en la danza». Agregaba, no sin cierta irritación, que renunciara a su «descabellado propósito» (*crazy idea*) o que escribiera otro nuevo, respetando si quería los dos primeros párrafos, únicas líneas salvables de toda aquella «inverosímil y escandalosa» (*unlikely and outrageous*) fantasía, que más bien debería llamar locura.

A mí, por el contrario, me pareció un documento curioso y

muy digno de ser conocido. Así pues, con la inestimable ayuda de mi amigo Pollux, ofrezco en primicia una traducción del censurado prólogo a las *Nuevas aventuras de Robinson Crusoe*, en exclusiva para esta edición.]

Prefacio del autor

El gran éxito alcanzado por la primera parte de esta obra sólo se ha debido al reconocimiento alcanzado por la portentosa singularidad de su asunto y su desarrollo agradable y ameno.

Todos los intentos de los envidiosos por recriminarle no ser más que una novela, por buscar errores geográficos, incongruencias en el relato y contradicciones en los hechos, han fracasado y han resultado tan impotentes como malignos.

Pero acaso ninguna de estas cosas me habría empujado a escribir la segunda parte, de no haber sido por el suceso más extraordinario que me haya sido dado imaginar.

Un día del mes pasado de este año de gracia de 1719, iba yo paseando por las calles de Londres, cuando me topé con un personaje inusitado, que en seguida identifiqué como no inglés, aunque apenas me atrevería a llamarlo un salvaje. Era un joven bello, perfectamente formado, con piernas rectas y robustas, no demasiado largas; alto y esbelto, tendría unos veintiséis años. Su semblante era agradable, sin asperezas, y había un rasgo muy viril en su rostro, aunque a la vez tenía la expresión dulce y suave de un europeo, especialmente cuando sonreía. Su pelo era largo y negro, no crespo como la lana; su frente era alta y despejada y tenía una gran vivacidad en los ojos, ardientes y perspicaces. El color de su piel no era negro, sino muy tostado, sin el desagradable tinte amarillo de los brasileños o de los nativos de Virginia u otros aborígenes de América; era más bien un ligero color oliva oscuro, más agradable que fácil de describir. Su rostro era redondo y claro; su nariz pequeña, pero no chata como la de los negros; una hermosa boca de labios finos, los dientes fuertes, bien alineados y blancos como el marfil. Atrapado entre la incredulidad y la sorpresa, seguro de reconocerlo aunque sin atreverme a asegurarlo, lo abordé inmediatamente:

—¿Quién eres tú?

—Ser Viernes, señor —respondió.

—No te pregunto a cuántos estamos, sino cómo te llamas —le dije sin salir de mi asombro.

—Yo llamarme Viernes, señor.

—¡No puede ser! —musité despacio y en voz baja, y no sabría decir si me dirigía a él o estaba respondiéndome a mí mismo—. ¿Y qué haces aquí?

—Yo estar perdido, yo buscar a mi amo, él olvidarse de Viernes.

—¿Y cómo se llama tu amo?

—Mi amo se llama Amo, señor.

—¡No puede ser! —repetí con la sensación de estar atravesando el fondo de algún sueño, como el otro. Entonces tomé una determinación y añadí—: Ven conmigo.

Me siguió, no sé si aliviado o temeroso, hasta que llegamos a las puertas de la librería de William Taylor. Entramos. Lo saludé y él me respondió afectuosamente:

—¡Cuánto bueno por aquí, señor Defoe! ¿Sabéis que ya van vendidos más de ochenta mil ejemplares de vuestro *Robinson*? ¿Para cuándo el próximo libro?

Me pareció que mi buen salvaje no entendía mucho de aquella conversación, que para él debía de resultar un galimatías, pero lo que más me sorprendió —e incluso me molestó un tanto— fue comprobar que mi librero lo ignoraba por completo. Así que respondí sin mucho entusiasmo:

—Cualquier día de éstos. Por favor, ¿puede prestarme un ejemplar?

William me alargó un volumen, y yo dije a mi acompañante:

—¿Tú sabes lo que es esto?

—¿Cómo no lo voy a saber, si lo he impreso yo? —respondió el librero antes de que mi compañero pudiera abrir la boca—. ¿Por qué miráis para otro lado? ¿Os ocurre algo, señor Defoe?

Y entonces comprendí. Viernes, o quien fuera, era invisible para el librero. Acaso era invisible para todo el mundo excepto para mí. Con una brusquedad rayana en la descortesía dije:

—Hasta luego, señor Taylor.

Cogí de la mano a mi conocido y desconocido amigo, y salimos a toda prisa de la librería.

Anduvimos un rato en silencio, hasta que llegamos a casa. Abrí la puerta de mi cuarto, lleno de libros y papeles; entramos, cerré con llave, me senté ante la mesa, le ofrecí una silla y, poniéndole el ejemplar del *Robinson* en la mano, volví a preguntar:

—¿Tú sabes lo que es esto?

—Yo saber. Mi amo tener uno igual en la isla. Ahí estar la

respuesta a todas las preguntas. O casi... No decir por qué Dios no matar al demonio.

—¡Santo Dios! —exclamé al comprender que estaba refiriéndose a la manoseada Biblia de Robinson Crusoe—. No —añadí—, ésta es tu historia y la de tu amo. Os he creado yo.

—¿Entonces tú ser Dios? —dijo Viernes con sencillez.

—¿Por qué hablas siempre en infinitivo? —dije para cambiar de conversación.

Pero él, demasiado sincero para olvidar una pregunta, respondió con la misma sencillez:

—Si tú crearme, tú saber.

—Bueno, pues vamos a arreglarlo —y, tocándole los labios, proseguí—: *Effatá*, que quiere decir, «¡Ábrete!». Ya puedes conjugar como es debido.

Viernes sonrió mostrando su magnífica dentadura, envidia de la mía, pues no tengo sino seis dientes, y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros. Pareció darse cuenta de que algo se había desatado en su interior y en su lengua.

—Ya sé —dijo—. Eres Dios y eres Jesús: son las mismas palabras que le dijiste a un tartamudo cerca del mar de Galilea. Mi amo me lo contaba a menudo sacándolo del Libro.

—¡Oh, no! —exclamé, llevándome las manos a la cabeza. De pronto se me ocurrió una idea y dije—: Supongo que no te enseñaría a leer.

—¿Y qué es leer?

—Ahora lo sabrás. Vamos a arreglar también eso.

Volví a tocar con dos dedos su frente y sus ojos y, dándole el ejemplar del *Robinson*, dije:

—*Tolle et lege*. Aquí lo tienes. Lee.

Tomó el libro entre las manos y leyó:

—*La vida y las extrañas y sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe, marinero de York: el cual vivió 28 años completamente solo en una isla deshabitada de la costa de América, cerca de la desembocadura del gran río Orinoco; arrojado hasta la orilla por un naufragio, donde todos los hombres perecieron, excepto él. Con el relato de cómo fue al final extrañamente liberado por unos piratas. Escrito por él mismo.* Londres; impreso por W. Taylor en...

—Basta, basta —le interrumpí—. Ya veo que sabes. Ahora léete el libro, y cuando termines hablaremos.

Toda la tarde estuvo leyendo Viernes su historia y la de su

amo. Cobró tanta afición a la lectura, que lo tuve no menos de cuatro semanas en mi casa, al cabo de las cuales había consumido un centenar de velas y se había leído toda mi biblioteca. Durante todo este tiempo guardó un extraordinario silencio, apenas interrumpido por unos austeros monosílabos a la hora de comer. Tras haber devorado todos los libros, volvió a leer el *Robinson*; luego me miró con cierto desconsuelo y dijo:

—Ahora entiendo: Vos, o él, o los dos, me habéis abandonado.

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Sí, aquí está escrito. Fui abandonado en medio de una página, después de cargar mi fusil y el de mi amo durante la pelea que tuvimos contra los lobos en aquella llanura francesa cubierta de nieve, cerca de Toulouse. Mi amo se olvidó de volver a mencionarme, y tuve que seguirlo a lomos del sobreentendido y arropado en el silencio. Llegué a Inglaterra al mismo tiempo que a la conclusión de que nadie me veía, con lo que eso tenía de ventaja y desamparo. Ventaja, porque nadie me impedía tomar una fruta de cualquier puesto cuando me resultaba imprescindible para sobrevivir; desamparo, porque me había acostumbrado a mi amo, como se acostumbran los perros, y prefería vivir con él que solitario. Y esta mañana, mientras vagaba como una sombra por la ciudad de Londres, se acercó a mí un caballero de edad imposible —pues no podía tener ni cuarenta años, cuando en realidad rondaba los sesenta—, se quedó mirándome fijamente, con una mezcla de admiración y de sorpresa, y, como si me conociera de algo, me dijo: «¿Quién eres tú?» Erais vos, señor Defoe.

—Sí, y qué.

—Pues eso: que vos, o él, o los dos, me habéis engañado.

—¿Qué quieres decir?

—Creí que todo estaba en un solo libro, y ya veo que hay muchos; mi amo me contó cómo aquí se adoraba a un solo Dios, y lo primero que hizo fue ir a buscar su fortuna; y si es cierto que en la isla hablaba con cierta displicencia del oro, no dejó de guardar las monedas para mejor ocasión; incluso allí lo primero que me enseñó fue su nombre de Amo, cuyo significado profundo acabo de entender. También, que no es lo mismo predicar que dar trigo.

—¿Te gustaría volver a ver a tu…, a Robinson?

—No os cortéis: decid abiertamente Amo. No ignoro que él se reservó su condición de amo a pesar de que alguna vez me leyó en el evangelio aquello de que, entre cristianos, el mayor había de ser como el menor y el que manda como el que sirve… Quizá esperaríais que respondiera que no. Pero alguien me hizo tan fiel

como la carne, que no se separa de los huesos... ¿Vos sabéis dónde está?

Lo sabía. Llevé a Viernes a la línea 13 de una página recién construida. Creo que se abrazaron sinceramente, aunque Robinson advirtió en seguida la transformación que se había obrado en su antiguo criado. Al cabo de una semana, volvió Viernes con una propuesta que apenas me sorprendió.

—Señor Defoe, ¿creéis que sería posible convencer a mi amo de que volviera a viajar? Es una pregunta estúpida, ya sé que podéis.

—¿Tan mal le quieres que desearías verlo naufragar otra vez?

—No; es justo todo lo contrario. Tan bien le quiero, que me parece que aquella pequeña isla deshabitada le hace mejor que esta otra tan grande y tan poblada.

—No te entiendo.

—Claro que me entendéis. Sólo que vos sois inglés como él, y dentro de Inglaterra hay poco espacio para ciertas ideas. ¿Recordáis aquel momento en que la isla (no sé si de la Desesperación o Paraíso) se halló superpoblada de repente? Pues bien, viendo que con cuatro habitantes había tres religiones diferentes, mi amo decretó «libertad de conciencia», cosa que nunca habría hecho en Inglaterra. Y, cuando le vine a objetar que Dios o era bueno y perdonaba a todos, o no lo era y se vengaba de muchos, lo admitió siquiera como hipótesis de trabajo, mientras que aquí se le desvanece toda duda. He llegado a saber que ha habido más muertos por la religión que por la peste.

—Veo que no tienes una excelente opinión de mis paisanos.

—Podría ser mejor. Creo que los blancos en general, y los ingleses en particular, lleváis el complejo de superioridad en la sangre. Mi amo solía leer en la Biblia que Dios había dado la tierra a la primera pareja para que la poseyera: supongo que serían ingleses, pues él no tuvo reparo en escribir que toda la isla (a cualquier cosa se le llama país) era de su absoluta propiedad y que tenía un derecho indiscutible de dominio. ¿Es eso lo que se llama colonizar? ¿Pues no decía él que Dios había creado todas las cosas? ¿Por qué tenía que ser suya una isla sólo por haber naufragado en ella? ¿Quién fue el primero que dijo «esto es mío» para expulsar a los demás? ¿Es posible que haya habido alguna vez una edad dichosa en que se desconocieran las palabras *tuyo* y *mío*? ¿Quién trazó las fronteras? —hizo una pausa—. Creo que no debería haber leído tanto. Ya dijo el sabio que quien añade ciencia añade dolor.

—A fe, querido Viernes, que tienes una memoria excelente. Pero sigue, sigue, que hoy hablas de perlas.

—Nunca la tuve mala, pero no sé por qué ahora me parece que ha mejorado en cuarto y quinto. Recuerdo cuando mi amo me hizo el relato de sus aventuras y la idílica descripción de Inglaterra. Pues si he de decir verdad, en estos meses que llevo vagando como nave sin rumbo no he visto todavía nadie que guarde los diez mandamientos y sí muchos que los conculcan todos.

—¿Crees entonces que tu amo es un mal hombre?

—No diría yo tanto. Es simplemente un hombre. Y sin duda ingenioso y emprendedor como ninguno. (Todavía causa asombro cómo pudo sembrar y recoger trigo, cebada y arroz, y hacer pan y queso.) Y sin duda resulta conmovedor leer que fue feliz conmigo, siquiera porque alivié su soledad, a pesar de su desconfianza. Pero ahora que veo el barro de que todos estamos hechos, no veo a qué viene tanto orgullo de la superioridad inglesa. Ni siquiera entiendo por qué les causa más repugnancia comerse unos cerdos que otros, siendo todos animales.

—¡Voto a tal! ¡Y qué pronto has desarrollado la ironía y el sarcasmo, querido Viernes! ¿Preferirías acaso ser caníbal?

—No sé qué preferiría, pero desde luego no veo por qué tengo que comerme un cordero o una cabra, siendo inocentes, si no puedo comerme a un ladrón, embustero o asesino, por más que camine sobre dos patas. La verdad es que ya no sé si volver al canibalismo o hacerme vegetariano. Creo que preferiría volverme a mi isla, mucho menos complicada que ésta.

—Deduzco que vivías más a gusto allí que aquí. ¿Me equivoco?

—Por lo menos todos vivíamos de modo más sencillo. Es sorprendente el comportamiento de mi amo. Creo que era mejor en la soledad que en la sociedad. En vuestra biblioteca hay un libro intitulado *De la imitación de Cristo y menosprecio del mundo por el venerable padre Tomás de Kempis*: he leído en él que cada vez que estuvo entre los hombres volvió menos hombre. ¿Será verdad que la naturaleza es mejor que la sociedad? Por lo menos en la isla, a fuer de práctico, mi amo era tolerante; ya habéis visto cómo supo declarar en seguida la libertad de conciencia, siquiera para evitarse conflictos.

—Entiendo. Así que quieres que lo devuelva al mar.

—No sé si quiero que lo devolváis al mar o que lo saquéis de este lugar de perversión. ¿Y no creéis vos que aquella isla perdida desarrolló las virtudes y amortiguó los defectos de mi amo,

mientras que esta otra isla, para cuyos habitantes los otros siempre son enemigos, que lleva la muerte y el exterminio en el mismo concepto de patria y de nacimiento, saca a flote y potencia lo peor de sí mismo?

Tras esta conversación —aquí muy resumida y poco matizada— supe que Viernes seguía siendo el mismo ser «fiel, cariñoso y sincero» que Robinson había retratado en su historia. Sólo que el árbol del conocimiento, del que con poca advertencia y demasiada precipitación lo colgué yo, lo había emborrachado sin darle tiempo para digerir el tamaño de su desventura. Tomé una decisión repentina.

—Bueno, ya está bien por hoy. Ahora vete a dormir —le dije, tocándole los labios, los ojos y la frente—. Mañana será otro día. Amanecerá Dios y medraremos.

Toda la noche estuve reflexionando sobre los reproches de Viernes. Me pregunté si sus palabras eran las mías, unas palabras que yo apenas me atrevía a imaginar y menos a proferir. ¿Sería verdad que todo es perfecto cuando sale de las manos del creador y que todo degenera entre las manos del hombre? ¿O sería más bien verdad que, a pesar de todo, en el ser humano hay más cosas dignas de admiración que de desprecio; que, a pesar de todo, es mejor la sociedad que el salvajismo, aunque la humanidad avance a fuerza de confusiones y sobresaltos, de trompicones y retrocesos, como un muelle excesivo que para recorrer un milímetro necesitara rodear un metro? En todo caso, supuse que aquellos seres que se habían rebelado desde su invisible cárcel de papel merecían una oportunidad, o una salida cuando menos.

A la mañana siguiente Viernes se despertó hablando en infinitivo y considerándome su dios. Me dijo que había tenido un sueño en el que había vuelto a encontrar a Robinson. Me sentí turbado, porque aquella misma noche yo había soñado que Robinson, siguiendo aquel proverbio vulgar, tan usado en nuestro país, de que «la cabra siempre tira al monte», no había podido resistir la tentación de embarcarse de nuevo, como si en él fuera ya una enfermedad crónica. Pero lo más sorprendente del caso es que el propio Robinson soñaba en mi sueño que su querida isla caía en el desorden, víctima de los tres marineros, los cuales habían intentado asesinar bárbaramente a todos los españoles y quemado sus provisiones para reducirlos a la miseria y dejarlos morir de hambre...

Ya no supe quién había soñado a quién. Un antiguo filósofo chino soñó que era una mariposa: al despertar ignoraba si era él

que había soñado ser una mariposa, o si era una mariposa y estaba soñando que era él... Preferí no entrar en más averiguaciones y dejé que Robinson y Viernes se embarcaran en Las Dunas, el 8 de enero de 1695, rumbo a las Indias Orientales y a China.

Sin embargo, cuando estaban ya en medio del océano, volvió a acecharme la duda de si en la memoria tácita de Viernes seguían permaneciendo los turbadores resultados de sus observaciones y de sus lecturas. Creo que fue en aquel momento cuando empecé a idear las tres flechas que unos meses después acabarían con su vida.*

[Traducción de Emilio Pascual]

* En efecto, en estas *Nuevas aventuras de Robinson Crusoe* se lee: «Al pobre Viernes le alcanzaron nada menos que tres flechas, y otras tres cayeron junto a él; por desgracia aquella vez afinaron su puntería».